



## ORÍGENES

*La sucesión de las edades es para nosotros la gran maestra.*

### CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA Y GEOGRAFÍA.—ORÍGENES ANIMALES DEL HOMBRE  
NEGRITOS Y PIGMEOS  
MORADAS DEL HOMBRE ANCESTRAL

**L**OS rasgos de la superficie planetaria indican el efecto de las acciones cósmicas a que ha sido sometido el Globo durante la serie de los tiempos.

Los continentes y las islas que surgieron de las profundidades del mar y el Océano mismo, con sus golfos, los lagos y los ríos, todas las individualidades geográficas de la Tierra en su variedad infinita de naturaleza, de fenómenos y de aspecto, llevan las marcas del trabajo incesante de las fuerzas que obran siempre para modificarlas. A su vez, cada una de esas formas terrestres ha llegado a ser, desde su aparición, y continúa siendo, en todo el curso de su existencia, la causa secundaria de los cambios que se producen en la vida de los seres nacidos de la Tierra. De este modo, una historia, infinita por la continuación de las vicisitudes, se ha desarrollado de edad en edad bajo la influencia de los dos medios, celeste y terrestre, para todos los grupos de organismos, vegetales y animales que hacen germi-

nar el mar y el suelo nutricio. Cuando, después del ciclo inmenso de otras especies, nació el hombre, su desarrollo se hallaba ya proyectado en el porvenir por la forma y el relieve de las comarcas en que sus antepasados animales habían vivido.

Considerada desde elevado punto de vista, la Geografía, en sus relaciones con el Hombre, no es más que la historia en el espacio, del mismo modo que la Historia es la Geografía en el tiempo. ¿No ha dicho Herder, hablando de la Fisiología, que es la Anatomía en acción? ¿No puede también decirse que el Hombre es la Naturaleza formando conciencia de sí misma?

Relativamente a la aparición de la humanidad sobre la Tierra agítanse mucho dos cuestiones que no han sido resueltas aún. ¿Nos hace depender nuestra procedencia del mundo animal de uno o de varios tipos ancestrales? ¿Cuál es, de las dos hipótesis, el monogenismo y el poligenismo, si no la verdadera, al menos la mejor corroborada por el conjunto de los hechos ya conocidos? Verdad es que se nos dice «toda esa escolástica pertenece al pasado, ahora que el darwinismo ha puesto a todo el mundo de acuerdo<sup>1</sup>», pero, ¿qué importa, si el conflicto renace bajo otros nombres y si se nos viene a hablar de «razas» consideradas como prácticamente irreductibles?

Todo individuo tiene una tendencia natural a contemplarse como un ser absolutamente aparte en el conjunto del universo. El sentimiento íntimo de su propia vida, la plenitud de su fuerza personal no le permiten ver iguales en los otros, y se cree favorecido por la casualidad o por los dioses; pero las necesidades de la existencia le ligan al grupo de la familia, después al del clan o de la tribu, y no puede figurarse tampoco su origen como absolutamente independiente del círculo de sus allegados, a menos que el orgullo de la soberanía le haga creerse una divinidad, tal como se imaginaron serlo los Alejandro, y los César. Resígnase, pues, a participar con los suyos, pero con los suyos solamente, un origen colectivo: cada tribu, en sus imaginaciones primeras, se crea una descendencia bien distinta. En las primeras edades, tales como nos las han conservado, con cierto parecido, las poblaciones más antiguas, el hombre pro-

<sup>1</sup> G. Vacher de Lapouge, *Les Sélections sociales*, pág. 11.

fesa instintivamente el poligenismo; pero entre todas las especies diversas, hay una, la suya, que, con toda candidez y orgullo, tiene por la raza humana por excelencia.

Es indudable que la lista de los nombres de poblados y de pueblos se compone principalmente de palabras que tienen por significación primitiva el sentido «Hombre», en una aceptación exclusiva, como si todos los otros grupos de individuos de faz humana no hubieran sido a los ojos de los elegidos, más que un compuesto informe perteneciente a alguna animalidad secundaria.

Hasta cuando las denominaciones étnicas tienen una significación especial debida al país, a la procedencia o a algún rasgo particular, esas denominaciones pierden su sentido originario, durante el curso de los siglos, para tomar, en el pensamiento de los que las llevan, un valor excepcional, único, verdaderamente divino. No hay salvajes—y, a este respecto, ¿qué nación puede considerarse completamente desprendida del primer salvajismo?—no hay salvajes que no miren los pueblos que les rodean desde la altura de la propia dignidad de «pueblo elegido».

Pero el aislamiento no puede prolongarse, y, por la sucesión de los acontecimientos, alianzas y relaciones de comercio, guerras y tratados, aprendieron los hombres que, si no a una, misma raza, pertenecen al menos a una agrupación de seres que se asemejan de una manera íntima y que tienen rasgos esenciales, tales como la estación recta, el uso del fuego y la lengua articulada, que les distinguen claramente de todos los otros animales. En momentos de común angustia, y frecuentemente de sexo a sexo por el instinto del amor, se llegó hasta producirse la fraternidad entre gentes de tribus diferentes; después, cuando grandes civilizaciones hubieron puesto en contacto toda una parte considerable de la humanidad, como en la India, en tiempo de Budha, y durante el período del ecumeno griego y latino, bajo los Antoninos, se esparció la idea de la unidad humana: hasta odiándose, los hijos de la Tierra común se gloriaron de pertenecer a una sola y única descendencia; la monogenia encontró sus apóteosis.

Como documento de transición entre las dos teorías netamente contrarias, monogenista y poligenista, el libro del *Génesis*, por

otra parte procedente de múltiples orígenes legendarios, puede citarse en favor de una o de otra hipótesis, puesto que refiere la creación de un Adán, que fué el «dominador de todos los animales vivientes sobre la Tierra<sup>1</sup>», y, luego alude a los hombres que poblaban los campos cuando ocurrió el primer asesinato del hermano por el hermano<sup>2</sup>. Desde entonces no ha cesado la moral humana, en su práctica general, de contener análoga contradicción a la que encuentran los cristianos en su libro sagrado.

Por grande que sea el orgullo de la pureza de raza en los pueblos que ponen empeño en evitar todo contacto con los otros hombres, lo mismo que las familias aristocráticas modernas que tienen la pretensión de la «sangre azul», el hecho es que en el torrente circulatorio de la humanidad, mezclándose las tribus de remolino en remolino, como las aguas de un río, la «miscegenación», es decir, la mezcla de las razas, se ha operado a través de todo el mundo. Para los rabinos de la Edad Media, el hombre, creado de arcilla viva, habrá sido formado de siete especies de tierras, para significar sin duda que comprendía en sí los descendientes de todos los colores y todos los miembros de la humanidad futura<sup>3</sup>. Asimismo, el hombre actual contiene en sí los tipos que le han precedido, porque en toda raza mezclada el atavismo conserva sus derechos.

Podría imaginarse que una tribu encerrada en una cárcel de rocas haya quedado pura de todo cruzamiento, pero en cuanto hubo contacto hubo mezcla. De hecho todos los hombres son razas mezcladas; hasta los tipos más opuestos, el negro y el blanco, están unidos hace siglos en compuestos étnicos nuevos, que han conservado más o menos fielmente los caracteres distintivos que los constituyen en individualidades colectivas y merecen un nombre especial. La mezcla de las cosas se cumple de muy diverso modo de generación en generación: aquí de manera insensible durante la paz; allá bruscamente, con violencia, en la guerra; pero la obra se prosigue siempre. Es en vano que tal o cual patriota niegue la mezcla de raza con raza: cada hombre, hasta el más orgulloso de la pureza de su sangre, tie-

<sup>1</sup> Génesis, 11, 19.

<sup>2</sup> *Ibid.*, IV, 12.

<sup>3</sup> Fr. Spiegel, *Ausland*, 1872, n.º 10.

ne millones y millones de abuelos, entre los cuales se hallan representados los tipos más diversos. Por eso los antropólogos que se aventuran a seriar el género humano en «razas» distintas, sea que crean realmente en orígenes poligénicos, sea que, por una clasificación más o menos aceptable, quieran facilitar el estudio del Hombre, han ido a parar a singulares errores, según la importancia especial que han atribuido a tal o cual elemento diferencial: color de la piel, estatura, miembros y esqueleto, forma y dimensiones del cráneo, aspecto de la cabellera, lenguaje y caracteres morales.

Así, en tanto que Blumenbach distingue cinco razas clásicas, blancos, amarillos, rojos, aceitunados y negros, y que Virey cuenta solamente dos, Topinard enumera dieciséis, después diecinueve; Nott y Gliddon cuentan ocho, divididas en sesenta y cuatro familias; Hæckel desarrolla una serie de treinta y cuatro razas, y Deniker, admirablemente pertrechado de las medidas que han recogido en todos los rincones del mundo los modernos sabios viajeros, clasifica cuidadosamente veintinueve razas diversas que forman diecisiete grupos étnicos. Mas quedan en duda muchos representantes de la humanidad, y surge la pregunta de si será posible hacerles entrar en una u otra de las diversas categorías<sup>1</sup>.

Sabemos ahora que todas esas construcciones, por ingeniosas que sean, son variables. Desde Darwin, la antigua teoría de las especies que fijaba definitivamente ciertas formas sin mezcla posible con otros tipos de diferente origen, quedó abandonada. Formulada únicamente para acomodarse a las cosas presentes, la idea de especie cambia según los naturalistas: cada uno abarca en su concepción un conjunto de formas más o menos extenso. Veamos, por ejemplo, ¿cuál es la especie madre del perro? ¿Habrá de verse en él un lobo, una zorra, un chacal, una hiena o varias otras formas primitivas, que la domesticación y un género de vida diferente han desarrollado y modificado gradualmente en innumerables variedades? El hecho es que lobos y chacales se cruzan con los perros y dan nacimiento a individuos cuya raza se conserva y se propaga al infinito; por otra parte, los perros que vuelven al estado salvaje, según los paí-

<sup>1</sup> Colajanni, *Razze superiori, razze inferiori*.

ses toman formas que les aproximan al lobo, al chacal, o a la zorra. ¿Dónde empieza la especie inmutable entre límites absolutos? ¿Dónde la variedad con sus modificaciones incesantes? No se sabe.

Y esas dificultades que se presentan respecto de la raza canina existen también acerca de otros animales domesticados o



ORÍGENES ANIMALES DEL HOMBRE

(Esqueleto de gorila comparado en tamaño y posición con el esqueleto humano)

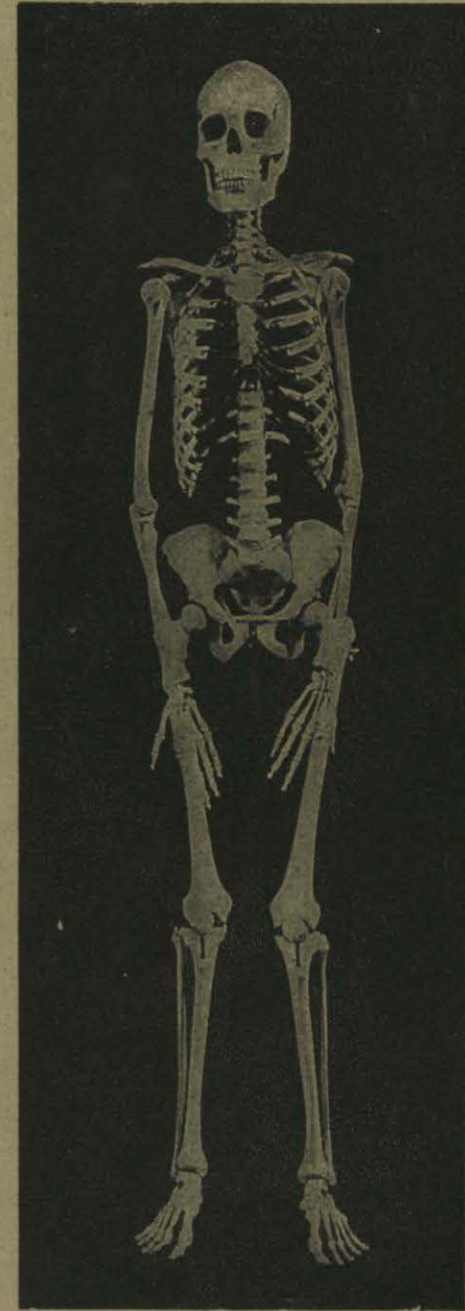
no; existen respecto del hombre, en el cual la separación media entre el *Homo europæus* y el *Homo alpinus* es mayor que la que diferencia las diversas especies de cánidos<sup>1</sup>. A pesar de los innumerables ejemplos de «miscigenación», que escandalizan en los Estados Unidos a los hijos de los antiguos propietarios de esclavos, ¿ha de considerarse a los negros como una especie o una «sub-especie»<sup>2</sup> distinta de la raza llamada «caucásica», o ha de verse en ellos una simple variedad de la gran especie humana?

Y si negros y blancos deben ser comprendidos en una misma humanidad de origen, ¿qué diremos de los «negritos» de Luzón, de los Andamanes y de los enanos esparcidos en el continente de Africa? Los mismos negros ven en los Akka, los Ba-Binga y los Ba-Bongo seres de otra especie, y los orgullosos blan-

<sup>1</sup> Vacher de Lapouge, *Les Sélections sociales*, pág. 12.

<sup>2</sup> Tarde, *Revue Scientifique*, 15 junio 1895.

cos los consideran como especies de monos de forma humana. Diversas tribus degeneran y desaparecen quizá por la falta de todo cruzamiento: tal puede ser el caso de los enanos de las riberas del Sangha. Es seguro que entre otros pueblos de pigmeos y tribus de africanos bien proporcionados han ocurrido mezclas de sangre. Donaldson Smith dice que los enanos que ocupaban en otro tiempo toda la región que se extiende al norte de los lagos Stéphanie y Rudolf, han perdido su tipo originario por efecto de matrimonios con tribus de alta estatura, y que los Dume actuales son no más que un resto de la antigua raza<sup>1</sup>. Asimismo los Ua-Tua (Wa-twa) de la región del lago Kibu, los «Hijos de la Hierba», hombrecitos que ciertos negros, los Ua-Hutu, por ejemplo, miran con aversión, son aceptados por otros, especialmente por los Ua-Tussi, como grandes «amigos» y las dos razas se entremezclan de buen grado. Las mujeres pigmeas de la Uganda (Johnston) se consideran dichas uniéndose a negros de gran estatura.



ESQUELETO HUMANO

Comparado con el gorila de la pág. 8.

Es también muy probable que los pigmeos, cuyas osamentas se encuentran mezcladas con las de hombres de razas grandes en tantas cavernas de Europa, especialmente en Francia, Rusia, Sicilia, Cerdeña, (Sergi)

<sup>1</sup> *Through unknown African countries*, págs. 274 y 275.

y tantos *huacas* peruanos, hayan desaparecido por efecto de los cruzamientos, siendo absorbidos gradualmente en la masa general de las poblaciones circunstantes<sup>1</sup>: han vuelto a la especie.

Los anatómicos que estudian el esqueleto desde el punto de vista del transformismo, es decir, como un aparato modelado lentamente, de generación en generación, por un trabajo de acomodación al medio y de perfeccionamiento, comprueban por el estudio comparado de los diferentes tipos, que las razas actuales no parecen ser derivadas las unas de las otras por una especie de gradación jerárquica, sino que deben de considerarse más bien como ramas paralelas que se remontan verosímilmente a un antepasado común de origen anterior a los mismos cuadrumanos; quizá sería necesario ver en este tipo primitivo un descendiente de los marsupiales, salidos ellos mismos de las moneras por antepasados anfibios<sup>2</sup>.

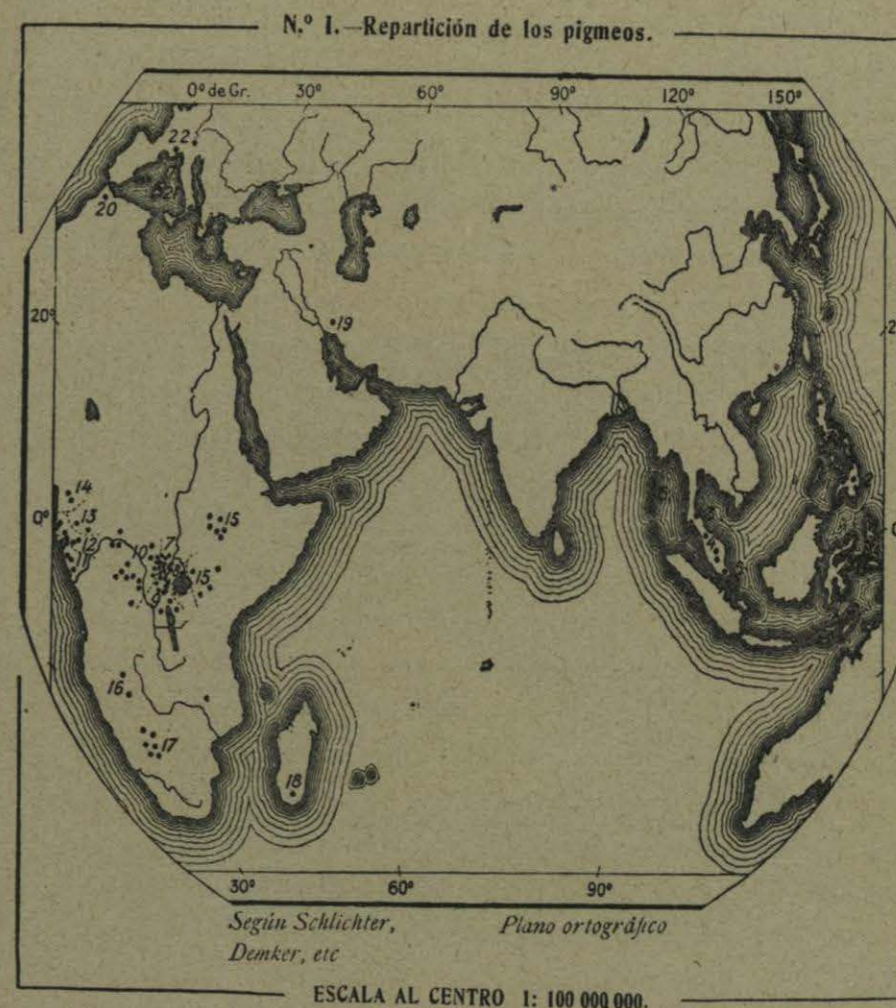
Pero sepamos limitarnos. No tratemos de remontar con el pensamiento hasta las épocas tan lejanas de nosotros en que el hombre salido de la animalidad primitiva, constituyó la especie o las razas humanas. Detengámonos en el período en que nuestros antepasados, realizando la mayor de las conquistas, aprendieron a modular sus gritos, inarticulados antes, y a transformar sus aullidos y gruñidos en un verdadero lenguaje. Pues en ese gran giro de la historia, las naciones estaban constituidas en grupos absolutamente distintos, y las lenguas que tomaron cuerpo se dieron radicales de orígenes completamente diferentes, obedeciendo cada cual a su propio genio para la formación y el acento de las palabras, para la lógica y el ritmo de la frase<sup>3</sup>.

Los dialectos ários, semíticos, uralianos, bereberes, bantus y algonquines son mutuamente irreductibles: son los lenguajes de pueblos que, en la época en que se desató su lengua, se encontraban en medios muy diferentes y constituían en realidad especies o humanidades aparte. Datando de aquéllos tiempos antiguos la historia de los hombres, puede decirse que comienza por el poligenismo. A la sazón, las naciones esparcidas sobre la

<sup>1</sup> J. Kollmann, *Globus*, n.º 21, 5 junio 1902; Frobenius, *Geographische Kulturkunde*, pág. 22.

<sup>2</sup> Ernesto Hæckel, *Anthropogenie*, 5.ª edición alemana, 2.º vol., pág. 584.

<sup>3</sup> Renan, *Histoire du peuple d'Israel*, 1, pág. 2; Hæckel, *Anthropogenie*, dicha edición, 2.º volumen, pág. 679.



#### Negritos del Asia

1. Negritos Aetas de Luzón.
2. Negritos de Mindanao.
3. Sakai, Península malaya.
4. Muang, Choiya, etc., id.
5. Semang, id.
6. Andamanes.

#### Negrillos de Africa

7. Akka, Tikki Tikki (Schweinfurth).
8. Ua-Mbuti, etc. (Stanley).
9. — y otros (Crogan Sharp).
10. Ba-Tua, Ua-Tua, Ba-Topo, etc. (Stanley).
11. Achongo, Ba-Bongo, Ba-Bulu, etc. (Du Chailu, Marche).

12. Akoa, Ba-Bonco, Adouma (Falkenstein, etc.).
13. Ba-Yaga, Ba-Binga, etc., (Crampel, Crozel y Herr).
14. Ba-Yaeli (Kund).

#### Pigmeos discutidos

15. Dogbo, Arenga, etc. (cruzados con San) (?).
16. Mossaro y otros.
17. San (Bushmen).
18. Kimo, Madagascar (Flacourt) (?).
19. Lemban, Golfo Pérsico (Wahrmond y Dieulafoy).
20. Raza no denominada, Marruecos (Haliburton).
21. Fósiles Cerdeña (?).
22. Fósiles de Menton y de Schweizersbild.

Tierra no podían tener conciencia alguna de su unidad: tantos grupos glosológicos, otros tantos mundos humanos mutuamente extranjeros<sup>1</sup>. He aquí, pues, cuál es, para la historia de la humanidad, el punto de partida cierto en la sucesión de los tiempos: el nacimiento poligénico, en diversas partes de la Tie-

<sup>1</sup> Faidherbe; Hovelacque, *Linguistique*.

rra, de lenguajes irreductibles correspondientes a diversos modos de sentimiento y de pensamiento.

¿Cuántos de esos lenguajes nacieron así, y cuál fué la duración del ciclo durante el cual los diversos antepasados de los hombres actuales adquirieron esa facultad capital, condición primera del ser humano, tal como nosotros la comprendemos hoy? No puede saberse, y por otra parte es seguro que en la lucha por la existencia muchas de esas lenguas primitivas han desaparecido: en cuanto a las que persisten, no se ha terminado todavía el inventario; apenas se han clasificado metódicamente más que los grupos de dialectos hablados por las naciones principales. Falta estudiar y fijar con precisión el lugar de todas las series de formas verbales usadas por los diversos pueblos del mundo entero. Sin embargo, puede intentarse el trazado de unos mapas glosológicos provisionales que, poniendo de manifiesto el estado actual de la poligenia lingüística, atestigüen a la vez las prodigiosas conquistas realizadas por las lenguas invasoras.

Más allá de aquellas edades que vieron el nacimiento intelectual del hombre verdadero, el ser a quien el uso de la palabra había de hacer que progresara tan maravillosamente, no era en realidad sino un animal que se hacía entender por gestos, ladridos y maullidos semejantes a los de nuestros amigos el perro y el gato, los candidatos a la humanidad más próximos a nosotros. Todo ese período antiguo, al que podría darse el nombre de «pro-lalia» o de «pre-lenguaje», puede considerarse como anterior a la humanidad especial: el Hombre no constituyó la especie nueva sino cuando cesó de ser *alalus*<sup>2</sup>.

El estudio de las formas animales que nos unen a los cuadrúpedos y a los reptiles, pertenece a la era preantropológica, caracterizada por el *Pliopithecus antiquus*, del cual se ha encontrado un fragmento de mandíbula cerca de Sansan, en el valle de Gers, y que parece ser el animal más próximo al hombre que se conoce: de ahí, sin duda, esa repugnancia instintiva que tenemos hacia el mono: nos reconocemos demasiado en él. Ya lo dijo el viejo Ennius:

*Simia quam similis turpissima bestia nobis.*

<sup>1</sup> Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'Esprit humain.*  
<sup>2</sup> H. Drummond; *Ascent of Man.*

Quizá el pithecanthrope<sup>1</sup> fósil que descubrió el médico Eug. Dubois en 1894, en las cenizas volcánicas del cuaternario antiguo de Java, cerca de Trinil, en compañía de animales fósiles, algunos de los cuales pertenecían a géneros hoy desaparecidos, sea el intermediario buscado, el «eslabón que faltaba de la cadena» que une el hombre a sus antepasados del mundo animal: por



CRÁNEO DE NEANDERTHAL (perfil)

Epoca paleolítica

(Este fragmento de cráneo está colocado sobre soportes para darle la posición exacta que ocupa en la cabeza reconstituida.)

su actitud y por su estatura (1m,657), que es la del hombre medio; por su cráneo, cuya capacidad (900 a 1,000 centímetros cúbicos), excede cerca de la mitad a la mayor capacidad cerebral de los cráneos pertenecientes a los más grandes antropoides conocidos, el pithecanthrope parece realmente formar parte de nuestra stirpe humana, uniéndonos a los hilobatos o «gibbons», monos que se acercan más a nosotros por la conformación y que descenderían como nosotros de los mismos antepasados animales<sup>2</sup>.

Según Manouvrier, sería probable que ese «mono-hombre», el *Homo javanensis*, no poseyese el lenguaje articulado, ese ca-

<sup>1</sup> Eug. Dubois; *Pithecanthropus erectus, Eine menschenähnliche Uebergangsform aus Java*, Batavia, 1894; Manouvrier, *Revue Scientifique*, 30 noviembre 1895; 7 marzo 1896.

<sup>2</sup> Ernesto Haeckel, *The last Link*, páginas 22 a 28.